







# F e y Estudio

Sección informativa  
de la Jefatura Provincial del  
Servicio Español del  
Magisterio

## Hoja extraordinaria

La prosperidad de los pueblos depende en gran parte de la instrucción que hoy reciben quienes mañana han de regirlos

“La solución del problema educativo no puede ser exclusivamente estatal”

Nuestro jefe provincial habla de los problemas de Educación primaria en la provincia

Son tantas las atenciones que el Servicio Español del Magisterio recibe en Avila del jefe provincial del Movimiento y gobernador civil, camarada Fernando Herrero Tejedor, que confiados en su benevolencia hemos buscado sus opiniones y criterios respecto a los problemas escolares y personales del Magisterio en la provincia. Todo maestro tiene abierto el camino para acercarse al jefe provincial y nosotros no hemos hallado inconveniente para poder preguntarle:

¿Qué interés concedes a la Enseñanza Primaria en la vida de los pueblos?

—Con fecha 15 de septiembre publicó el «Boletín Oficial» de la Provincia una Circular — de las primeras que he redactado desde que me hice cargo del mando de la Provincia de Avila — en la que se decía que «entre los asuntos públicos a que por razón de nuestro cargo debemos dedicarnos, uno de los de mayor trascendencia y de más vital importancia es el que afecta a los problemas de la Enseñanza Primaria». De aquí se deduce el interés que en mi ánimo tiene la Enseñanza Primaria, mucho más teniendo en cuenta que en medios rurales viene a ser el único medio de educación posible. «La prosperidad de los pueblos depende en gran parte de la instrucción que hoy reciben quienes mañana han de regirlos. Por ello la responsabilidad que contraen los maestros es grande».

—¿Qué consideras como fundamental en los problemas que afectan a la Enseñanza Primaria?

—Desde luego la vocación del maestro; pero supuesta esta condición, el que las escuelas estén bien instaladas y dotadas del suficiente material y mobiliario. Solo así la educación será eficaz y podremos exigir al maestro todo aquello a que su profesión le obliga. Debemos dar al maestro las máximas facilidades para que se cumplan las disposiciones oficiales en cuanto a la asistencia.

—¿Qué soluciones podrían darse a estos problemas?

—Para que el maestro no pierda su celo y su entusiasmo vocacional necesita la estrecha cooperación y ayuda de todas las autoridades y de los padres de familia.

Respecto a los locales, ya en la Circular citada se decía a los alcaldes que se atiendan debidamente a los servicios de adecentamiento, conservación y buena utilización de las escuelas. En cuanto a material y mobiliario, además de lo que envíe el Ministerio de Educación Nacional, tengo en proyecto

la construcción de mobiliario escolar para dotar a las escuelas de las mesas y bancos correspondientes, principalmente para aquellos pueblos que por la modestia de sus medios económicos no pueden lograr esta natural aspiración. Tengo también en proyecto para cursos sucesivos extremar las posibilidades de nueva construcción de edificios escolares y casas para los maestros. Y en cuanto a las atenciones a los educadores ya les decía a los señores alcaldes que, siendo

las piezas fundamentales de la Enseñanza, merecen ser atendidos y ayudados por la autoridad en cuantos problemas les planteen su permanencia en el pueblo y su dedicación a la escuela. Piensen los alcaldes y los padres de familia que cuando hagan por la escuela lo hacen directamente por sus hijos. Sobre esto está bien tener presente lo dicho hace unos días por el excelentísimo señor ministro de Educación Nacional en Marchena (Sevilla) cuando decía que «la solución del problema educativo no puede ser exclusivamente estatal». Ponia de relieve el grave mal que representaría el que las Corporaciones públicas se desentendieran moralmente de estas exigencias. Una cosa es que el Estado desgrave las llamadas «cargas estatales»; pero otra cosa es que la ley natural les exima a esas Corporaciones públicas de la obligación de participar en la enseñanza de la juventud. ¿Es que va a tener, decía el señor ministro, más importancia para un Municipio o para una Diputación la reparación de un camino vecinal, el arreglo de un puente o la salud física de sus ciudadanos, que abrir escuelas por donde se encauce la corriente de la juventud y se cuide de su salud espiritual? Esto mismo quiero hacer ver yo a todas las autoridades locales de la provincia.

—¿Qué importancia te merecen las clases de adultos?

—En esta provincia las considero fundamentales para la extirpación del analfabetismo. Insisto en llamar la atención de las autoridades locales para que se cumpla la Circular de la Inspección Profesional de Educación Primaria sobre la «Campaña final contra el analfabetismo»: Clases de adultos, para que la provincia de Avila vea reducido el porcentaje de analfabetos y poder dar cima a la batalla victoriosa que estamos librando.

—¿Cuál es a tu juicio la fundamental misión del S. E. M. en el Magisterio Nacional?

—Apoyándonos en viejos textos, bien conocidos de todos, creo que el objetivo primordial del S. E. M. ha de ser el de contribuir con todos sus medios a instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria. El educador que sepa serlo de una manera auténtica y total, no puede perder de vista que su labor ha de llevarla a cabo con futuros hombres, que además han tenido la suerte de nacer y vivir en la Patria que se distingue en el mundo con un sello inconfundible cual es el de la defensa y propagación de la supremacía de los valores del espíritu.

—¿Puedes hablarnos del espíritu del Magisterio abulense a través de tus visitas a los pueblos?

—He podido ver en todos esa vocación a que hacemos alusión al principio. En algunos pueblos su abnegación es admirable. Espero de ellos un espíritu de cooperación para el engrandecimiento de la provincia de Avila, que contribuirá en su medio a la empresa común del engrandecimiento patrio.



# Jesús quiere santos entre los niños

Con señalado afecto saludo a los queridos maestros del S. E. M. de nuestra provincia.

Me impresiona siempre dirigir la palabra a los señores maestros, que ejercen una misión social de tan enorme trascendencia, porque — como les decía recientemente (el día 4 de este mes) — nuestro Santísimo Padre el Papa a los maestros de Italia: «¿De quién otros en la tierra, después de los padres, depende principalmente el destino religioso y moral de la nación, sino es de los maestros de Escuelas Elementales, por cuyas manos ha de pasar, por disposición legal, toda la infancia.»

Pero es grato y consolador para un Prelado poder refrendar, con datos de experiencia, el cumplido elogio que de vosotros hacía Su Santidad en la alocución mencionada: «En pocas clases, como en la vuestra, se dan una limpieza moral tan completa y una tan consciente seriedad de propósitos...»

Por cierto, si alguno de vosotros aún no ha tenido oportunidad de leer ese magnífico discurso del Papa, os aconsejo que no dejéis de estudiarlo y acotar sus preciosas enseñanzas sobre lo que debe ser el maestro, lo que debe saber, creer y practicar...

Grabad en vuestro espíritu, entre otras, aquella insólita y emocionante aseveración: «Jesús quiere hoy santos entre los niños... si es cierto — como creemos firmemente — que Dios prepara una nueva primavera a su Iglesia, Nos gozamos pensando que entre los pequeños — como entre los mayores — hallará el Señor un grupo de almas prontas a cualquier llamada, a cualquier heroísmo...»

† SANTOS, OBISPO DE AVILA

Saludo del Prelado diocesano a los maestros del S. E. M.



# Las Escuelas Pías fueron la gran creación pedagógica de la España Imperial



## Ante San José de Calasanz

Si, de rodillas para hablarle un rato en este día como habla el hijo con su padre, como habla el discípulo con su maestro, con respeto y veneración, pero a la vez con suma confianza y cariño.

Son los maestros y maestras de Avila y su provincia, que hoy en contacto fraternal se reúnen en la Parroquia del Príncipe de los Apóstoles y primer Vicario de Cristo.

Para todos ellos este homenaje en esta iglesia, y no en otra de la Capital, es todo un símbolo de su incondicional adhesión a la Santa Iglesia y a sus sabias enseñanzas. Quieren «sentire cum Ecclesia», «sentir con la Iglesia», porque saben que es esa la consigna oficial de los supremos jerarcas.

Y como educadores de la niñez quieren hoy, insigne pedagogo y maestro, leer despacio y rumiar muy hondo, y copiar fielmente, después, unas enseñanzas, que no ha muchos días brotaron de los labios y del corazón del Pontífice reinante Pío XII.

Y quieren leerlas y meditarlas de rodillas hoy ante esa imagen tuya, porque su intención y su más ferviente deseo es que tú las recojas y se las presentes y recomiendes en ese Cielo, donde vives glorioso y feliz, al Divino Maestro, y le pidas que ellos las vivan y las hagan vivir a sus niños, como tú las vivías e in-

«En qué extraño juego se entretenía aquella tarde en la vieja casa de Peralta de la Sal el niño robusto, de abundosa cabellera, rubia, que llevaba en las venas sangre de paladines y de almogávares? Un ceño de ira, un ademán terrible de audacia alteraba la paz mansa habitual de su rostro. Relucía en las manos un largo cuchillo, que blandía a guisa de espada. Miraba y remiraba presuroso todas las estancias y rincones. No está lo que busca en el amplio salón que decoran panoplias y armaduras, ampulosos tapices y blasones heráldicos. Ni en la suntuosa cámara de rico mueblaje o en el comedor de vetustos pero magníficos enseres. Allí va corriendo el infantil guerrero por sótanos y recovecos, donde se ocultan trastos inútiles llenos de telarañas. En los desvanes divisan, al fin, sus ojos un como bulto obscuro que se escapa volando, atemorizado por el estrépito de la acometida.

El niño increpa, feroz, al murciélago:

—¿Huyes, cobarde? ¿No te atreves conmigo?

Y, jubiloso, se proclama a sí mismo vencedor. Mas no le satisface esta primera y solitaria victoria. El se ha jurado vencer a su enemigo en batalla campal. Y, alborozado, prepara un ejército y un plan de campaña con sus amiguitos y compañeros. Un día, en Peralta de la Sal, capitanea un escuadrón de niños, que se arman de piedras y de estacas. El blande, altivo, un cuchillo que ha tomado de la panoplia familiar. La minúscula hueste se lanza por el campo.

El jefe clama al entrar en la montaña:

—¡Alto! ¡Ahí está!

En la copa de un árbol el enemigo los mira, impassible. Es un enorme murciélago de negras alas y figura repugnante. Los soldados vacilan, pero el capitán gatea por el árbol, para clavar su cuchillo en el monstruo. Cruje el follaje, se desgarran una rama y a tierra va el valeroso estratega bañado en su propia sangre...

Así buscaba al demonio, para derrotarle, el espíritu caballeresco y la audacia hispánica de aquel niño, llamado a ser una de las mejores glorias de su época. Había oído hablar del feroz enemigo de Dios y se había propuesto vencerle cuerpo a cuerpo, ya tomara figura de murciélago, de dragón o de sierpe.

El héroe de esta aventura infantil descendía de la ilustre familia aragonesa de los Calasanz y Gastón. Se llamaba José.

Pero no. Dios no le quería para la carrera de las armas ni para las glorias guerreras de sus mayores. Sus ímpetus, su temple heroico, su figura recia y atlética le hubieran hecho un excelente capitán para los tercios de Flandes o un prodigioso aventurero para las selvas y montañas del Nuevo Mundo. Cuando alborea el año 1592, José está en Roma. Viste una armadura mejor que la de sus sueños de adolescente. Es sacerdote. La vida de apóstol en la ciudad eterna no parece, sin embargo, colmar sus ambiciones. Hay en su alma una inquietud que le anuncia otro destino.

Cuando pasa por los suburbios de Roma se le van los ojos tras las catervas de rapazueros desmelenados y sucios que llenan las calles de vocerío, se insultan, se dan golpes y hasta dicen palabras soeces, cuando no blasfemas. Más de una vez se han burlado de aquel clérigo que los mira como atontado, lleno de ternura y lloroso de compasión. Pero él se detiene sonriente, hace caso omiso de los insultos, les habla, les relata cuentos e historias, los atrae con cariño y se hace a poco su mejor amigo. Ya no se burlan de él. Cuando al atardecer aparece por las callejas del Transtévere el clérigo español, los chavales acuden en enjambre y le llaman con respeto: «Don José, don José...»

Por el alma de don José ha pasado ya la ráfaga divina. ¡Pobres rapaces! Están abandonados de todos. Sus padres apenas pueden atenderlos. La sociedad los tiene en olvido. Son buenas sus almitas infantiles. Pero no saben leer, ni conocen a Dios, ni nadie les ha enseñado a amar el bien y la virtud. El se hará maestro. Recabará auxilio de todos, hablará con sacerdote, con prelado, con directores de colegios y escuelas, aun a trueque de que lo llamen loco y de que nadie le haga caso.

Así fué cómo, después de muchos trabajos y fatigas, don José abrió por su propio impulso, sin otro recurso que su tenacidad española, una escuela aneja a una parroquia. Nació de este modo el primer brote de las Escuelas Pías de la Madre de Dios.







